

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



Olympia

VERANO EN BLANCO

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

Después del campeonato en Roma, Olympia vuelve a su casa a pasar el verano. Allí se divierte con sus amigos de siempre: va a los coches de choque, a la piscina, descubre el patinaje artístico... Quizás incluso se lo pasa demasiado bien, porque ¡las vacaciones acabarán pronto y no ha entrenado casi nada! Por suerte, tiene el apoyo de sus amigos, su familia, el equipo... y Mario.

Y, además: curiosidades sobre el patinaje artístico y consejos para mejorar la técnica de cinta. ¡Todos los trucos de Almudena Cid!

# Ellos forman mi nuevo entorno

## MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.

## OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus catorce años es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.

## MAYA

Es la seleccionadora, de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.

## LUCÍA CARMEN LAURA

Ardilla y Carmen en conjunto, y Laura y sus manías en individual, las tres son las mejores amigas de Olympia en el equipo nacional.



## Pero nunca me olvido de...

### DAVID

Extrovertido y seguro de sí mismo, ingenioso y un poco gamberro, David es con diferencia el mejor amigo de Olympia en el colegio. Le apasiona la música y sueña con crear sus propias mezclas: le gustaría ser un gran DJ.

### ELENA

La nueva amiga de Olympia es una patinadora increíble. También ella es única a su manera.

### RUFINO

Parco en palabras y gruñón, tras esa cara de pocos amigos se esconde un hombre sensible y muy trabajador.

### IRATXE

Vive por y para la gimnasia. Su experiencia como gimnasta unida a sus conocimientos educativos hacen de ella la entrenadora de gimnasia rítmica perfecta.

### PATRICIA ISABEL IRENE

Han pasado tanto juntas, que da igual la distancia: las chicas del IVEF siempre serán buenas amigas.



Allí había empezado todo. En el IVEF. Olympia estaba de vuelta en Vitoria, enfrente del pabellón de enormes cristalerías y cemento, pensando que parecía imposible que aquel edificio tan frío guardara en su interior un deporte tan artístico. Los pabellones de gimnasia rítmica podrían ser de colores, alegres, divertidos. Como las carpas de circo, o como un teatro decorado por dentro y por fuera para un espectáculo.

«Aunque como se les ocurriese llenar las paredes de cristales de Swarovski igual que hacemos con los maillots, ¡iba a ser un lío para Rufino!», pensó mientras se bajaba de su bicicleta azul, esa que le habían traído los Reyes antes de mudarse a Madrid y que casi no había usado.

Era una mañana de verano estupenda, con el cielo limpio y calorcito en la calle, y había decidido pasarse por allí a saludar a sus antiguas compañeras. Patricia, Irene e Isabel seguían en el equipo de Iratxe, y aunque ya habían terminado el colegio, todavía les quedaban unas semanas de entrenamiento. Estaba deseando verlas. Lo que se le iba a hacer raro era entrar en el pabellón y no ver a Ortzi, pero su amigo seguía en el Centro de Alto Rendimiento de Barcelona.



Tiró con fuerza de la puerta de entrada, que todavía se atascaba un poco en el mismo punto de siempre, y luego miró alrededor buscando al encargado del pabellón, que para las chicas y la entrenadora era casi uno más del equipo. Y pensar que cuando lo vieron por primera vez a Carmen y a ella hasta les dio un poco de miedo... Rufino, el

Bedel Asesino, el Amo de las Llaves y los Langostinos. Ahora ya sabía que en su cuarto no había una mazmorra y rottweilers del infierno, sino colchonetas y aparatos de rítmica, y que el único potro era de gimnasia y no de tortura. Tenía ganas de verle.

Solo que allí no se oía nada. Asomó la cabeza por la puerta de cristal de doble hoja, grande y pesada, que daba al espacio de entrenamiento; la misma en la que había dibujado un corazón sobre el vaho el día que empezó su nueva etapa como gimnasta. Nadie a la vista. ¿Dónde estaba todo el mundo?

—¡Holaaaaa! —gritó.

Nada de nada.

Aunque enseguida empezó a oír unos ruidos raros, que salían del otro lado de la puerta del cuartito de Rufino. Primero un golpe. ¡Catacrac! Luego oyó cómo refunfuñaba, y después empezó a sonar igualito que cuando su padre llegaba a lo alto del monte Zaldiaran, como cuando has corrido un montón y parece que se te van a salir los pulmones por la boca.



—Bffff, bufff, bufff...

Oly, que se había quedado detrás de la puerta, entró corriendo y se encontró el mismo almacén donde ella vivió su pequeña aventura a oscuras con sus compañeras, y a Rufino en el suelo, entre los aros y las pelotas y en una posición un tanto curiosa.

—¡Anda, si eres una esfinge! —se le escapó a Olympia nada más verlo, con una sonrisa bien grande.

Rufino estaba tumbado boca abajo, bien estirado, con los antebrazos apoyados en el suelo, y trataba de levantar la cabeza y la parte dorsal del cuerpo. Ella había oído un ruido fuerte, ¿se habría pegado un batacazo y estaba intentando levantarse?

Al oírla, el conserje se llevó tal susto que se le resbalaron los antebrazos y se ganó otro trompazo contra el suelo. «Menos mal que por lo menos antes se ha caído encima de una colchoneta», se dijo Olympia.

—¡Qué esfinge... y qué ocho... cuartos! —gruñía Rufino todavía con la respiración entrecortada mientras se incorporaba tratando de colocar todas las vértebras en su sitio. Era casi del equipo y ya no les daba miedo, es verdad... pero seguía teniendo su genio. Y si no, que alguna probase a subirse al ascensor sin su permiso.

Oly se echó a reír.

—Es que eso es lo que hacemos nosotras para calentar. Es la Esfinge, como la que hay en Egipto. Los hombros tienen que estar hacia atrás y la cabeza al frente con la barbilla alta, formado un ángulo de noventa grados —le explicó, aunque no le dijo que él más bien parecía una tabla de surf—. Sirve para estirar bien la columna y...

—Pues aquí no hay ni esfinges de esas ni pirámides ni camellos —la cortó sin más Rufino—. ¿O tú ves pirámides?

Olympia lo miraba sin enterarse de nada.

—¿Pirámides? No.

—¿Y camellos?

—Eeeeh... Tampoco —dijo Olympia.

—Pues menos mal, porque íbamos a estar muy apretados aquí dentro.

Ella se echó a reír otra vez y él, que ya se había levantado, fue a darle un abrazo.

—¡Rusita! —le dijo, ya sonriente, mientras se frotaba la barbilla. Le estaba empezando a salir un chichón en la pun-

ta y parecía que tenía una barbilla doble.

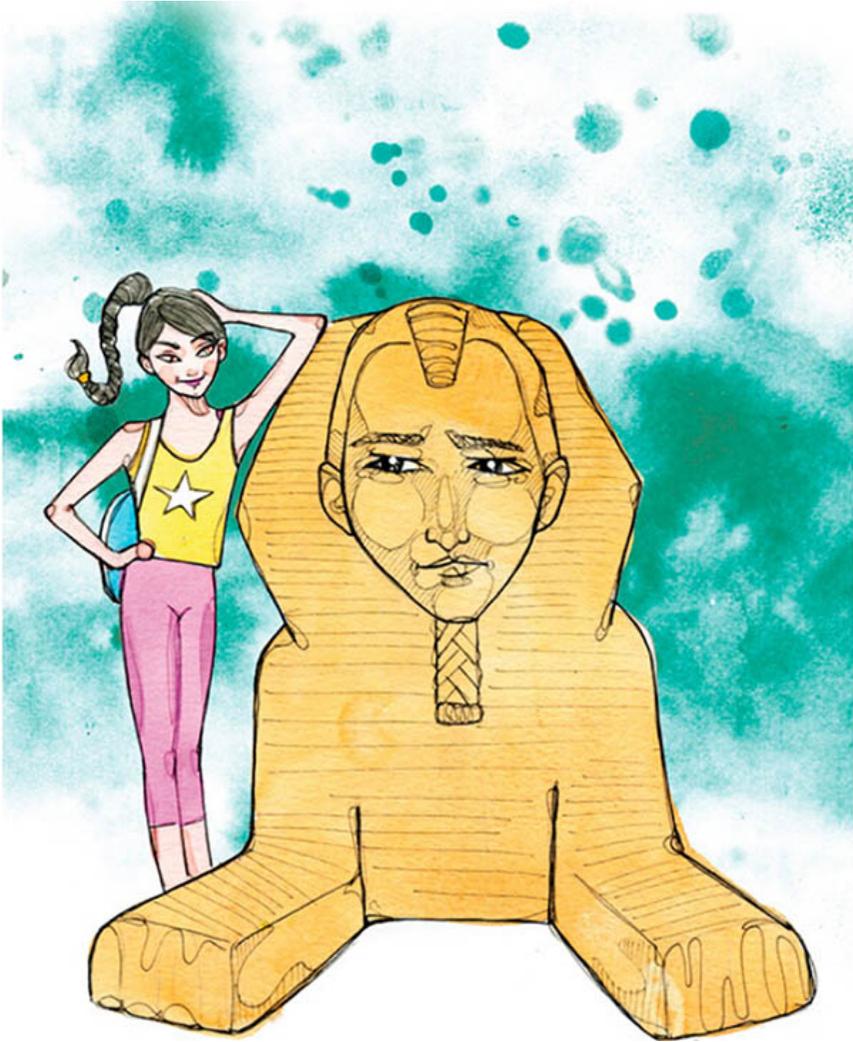
—¿Te duele? ¿Te has caído?

—¿Qué? No. Yo... No, no —respondió mientras empezaba a ponerse rojo.

«¿Le habrá dado vergüenza que estuviese yo aquí cuando se ha resbalado?».

—Hay que ver cuánto has crecido, Rusita —decía ahora el conserje, tratando de cambiar sí o sí de tema.

Oly bajó la cabeza para mirarse de arriba abajo: es verdad que desde que se mudó a Madrid había pegado un pequeño estirón, podía notarlo tomando como referencia la mesa de la entrada donde trabajaba Rufino. Ya no le llegaba a la cintura, le quedaba a la altura de la cadera.



—¿Ya puedo usar el ascensor? —le dijo de broma.

—No.

—¿Olympia?

Una voz se coló en la charla y Oly se dio la vuelta con la misma tensión que la primera vez que la oyó decir que se acercara a saludar a sus nuevas compañeras. Era Iratxe y, no sabía por qué, con ella Olympia siempre se sentía como si no hubiera pasado el tiempo. Le tenía un respeto enorme y aún sentía que necesitaba su aprobación para todo. Es ra-

ra la relación entre una gimnasta y una entrenadora, cuando la entrenadora es buena de verdad: se convierte en un maestro, un guía, a la vez alguien de confianza y una persona de autoridad. Eso era algo que también sentía con Maya.

—Ira...

Se acercó hacia ella para darle un abrazo, mientras Rufino refunfuñaba algo sobre adelantarse a los horarios y sobre que no podía tener dos minutos tranquilos.

—Me alegro de verte —dijo su antigua entrenadora, y por cómo lo decía, sí que parecía muy contenta. Y orgullosa.

Para los entrenadores de club no es fácil trabajar con sus gimnastas y saber que cuando realmente empiezan a despuntar y pueden disfrutar con sus progresos, el equipo nacional las selecciona y tienen que desprenderse de ellas. Es un sentimiento agridulce.

—¿Dónde están todas? —preguntó Olympia.

—Hemos quedado a las diez y media.

—¡Y todavía son y diez! —gruñó Rufino.

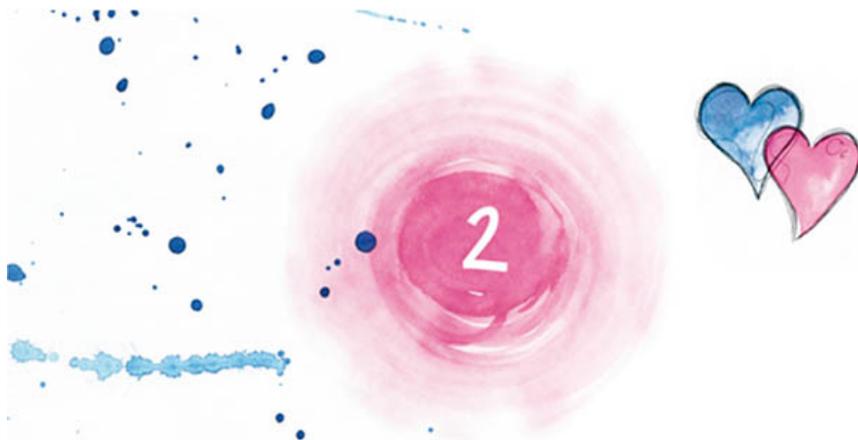
—¿Te animas? —la tentó Iratxe—. Supongo que Maya os ha mandado trabajo para estas semanas.

Oly asintió. La rítmica es así. Las gimnastas saben que las vacaciones nunca son unas vacaciones reales: siempre mandaban un trabajo de mantenimiento para que la vuelta al gimnasio no fuera tan dura, para que no perdieran del todo la musculatura que tanto tiempo les había costado conseguir. Iratxe lo daba por hecho: si las gimnastas del club lo hacían con ella, cómo no lo iba a hacer la seleccionadora del equipo nacional.

—Sobre todo preparación física y estiramientos —confirmó Olympia antes de echarle un vistazo a la puerta—. Ahora no puedo quedarme porque ya tenía planes, pero esta tarde o mañana sí que...

—Tranquila —la interrumpió Iratxe—. Ya sabéis Carmen y tú dónde estamos.

Dos minutos después, Oly salía del pabellón y cogía su bicicleta: David y Marta ya la estarían esperando.



El Estadio era un complejo privado lleno de instalaciones deportivas que estaba muy cerca del IVEF. Allí los socios podían disfrutar de un ambiente completamente deportivo, con pádel, sala de fitness, de pilates, piscina cubierta climatizada y, cómo no, piscina al aire libre. Como en Vitoria era raro tener días muy soleados, en cuanto pillaban uno la gente aprovechaba para ir a la piscina exterior.

Olympia lo había conocido en su época con Agurtzane, antes de formar parte del IVEF, porque algunos días iban a allí a entrenar en una sala en la parte alta del edificio principal. La sala no llegaba a los ocho metros de altura; era pequeña para la gimnasia y sus lanzamientos, pero bastaba para unas niñas que estaban empezando y que trataban de divertirse haciendo deporte.

Nunca había trabajado tanto cuádriceps y glúteos como en esa época. Era allí donde Oly descubrió que el techo ha-

cía con la cuerda un efecto velero, así que la lanzaba con todas sus fuerzas para que se quedara pegada y así descansar un rato. Solo que Agurtzane la pillaba siempre y la castigaba en una esquina a hacer sentadillas. Parecía que habían pasado mil años desde aquello.

Estaba pensándolo mientras hacía el muerto en el agua, cuando sintió que algo la agarraba fuerte por un tobillo y tiraba de ella hacia abajo, y en un santiamén se encontró braceando como loca debajo del agua mientras intentaba no respirar por la nariz y recordarse que en las piscinas públicas no había tiburones.

Salió otra vez a la superficie tosiendo y con los ojos rojos, solo para ver delante de ella a David, riéndose a carcajadas.

—¡Al rescate! —oyó gritar a Marta, desde el bordillo, y al segundo estaban las dos luchando por hundir la cabeza de David, y salpicándose unos a otros.

Cuando se cansaron, jugaron a adivinar qué canción era la que David cantaba debajo del agua —seguía igual de musical que siempre, pero si no era por los gestos que hacía con el *I'm a Single Lady* de Beyoncé o el *Aserejé* de las Ketchup, adivinar nada parecía imposible—. También jugaron a lanzarse desde los tres trampolines de diferentes alturas con los que contaba la piscina. Oly probaba a hacer letras con el cuerpo, como el día en que Maya las pilló tirándose al foso de los de artística. Pero hoy la seleccionados no estaba allí para prohibirle hacer nada y siguió lanzándose una y otra vez, disfrutando del verano con sus amigos.